

MAÑANA. Miércoles 29

El agua que sale a nuestro encuentro



SALMO 83

¡Qué deseables son tus moradas,
Señor de los ejércitos!

Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne
retozan por el Dios vivo.

Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
la golondrina, un nido
donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor de los ejércitos,
Rey mío y Dios mío.

Dichosos los que viven en tu casa,
alabándote siempre.
Dichosos los que encuentran en ti su fuerza
al preparar su peregrinación:

cuando atraviesan áridos valles,
los convierten en oasis,
como si la lluvia temprana
los cubriera de bendiciones;
caminan de baluarte en baluarte
hasta ver a Dios en Sión.

Señor de los ejércitos, escucha mi súplica;
atiéndeme, Dios de Jacob.
Fíjate, oh Dios, en nuestro Escudo,
mira el rostro de tu Ungido.

Vale más un día en tus atrios
que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.

Porque el Señor es sol y escudo,
él da la gracia y la gloria;
el Señor no niega sus bienes
a los de conducta intachable.

¡Señor de los ejércitos, dichoso el hombre
que confía en ti!

ORACIÓN: "La huella"

¿Cuál será la huella
que me lleve hasta tu encuentro?
No quiero vivir errante y vacío
quedándome sólo en tus huellas.

¿Se llamará salud, o enfermedad?

¿Se presentará con el rostro del éxito
o con el cansancio golpeado del fracaso?
¿Será seca como el desierto
o rebosante de vida como el oasis?

¿Brillará con la transparencia del místico
o se apagará en el despojo del oprimido?
¿Caerá sobre mí como golpe de látigo
o se acercará como caricia de ternura?

¿Brotará en comunión con un pueblo festivo
o en mi indecible soledad original?
¿Será la historia brillante de los libros
o el revés oprimido de la trama?

No importa cuál sea el camino
que me conduzca hasta tu encuentro.
No quiero apoderarme de tus huellas
cuando son reflejo fascinante de tu gloria,
ni quiero evadirlas fugitivo
cuando son golpe y angustia.

No importa lo que tarde en abrirse
el misterio que te esconde,
y toda huella tuya me anuncia.

Todo mi viaje llega
al silencio y a la espera
de mi 'no saber' más hondo.
Pero 'yo sé' que ya estoy en ti
cuando aguardo ante tu puerta.

(Benjamín G. Buelta, sj)

Lectura: Lc 15, 1-7

Los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos.» Entonces les dijo esta parábola.

«¿Quién de vosotros que tiene 100 ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el campo, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido." Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión.

EL AGUA QUE SALE A NUESTRO ENCUENTRO (Lc 15, 1-7)

“¿Quién de vosotros si tiene cien ovejas y se le pierde una, no deja todo y se va a en busca de aquella perdida hasta que la encuentra?”. De la Pasión de Jesús se pueden hacer muchas lecturas: culturales, religiosas, políticas, sociológicas y todas ellas serán válidas, si están bien hechas, y nos ayudan a acercarnos al realismo histórico de lo que pasó. Pero hoy queremos leer la Pasión por dentro y descubrir cuánta salvación y cuánto amor derramado trajo aquello que pasó. Nos acercamos a la Pasión de Jesús no por curiosidad, por emotividad o porque toca. Sino porque sabemos que en ella y en su resurrección está la fuente de todas las fuentes. Y nos acercamos a esta fuente primera no para curiosear, sino para beber de ella, para lavar en ella nuestras heridas y las heridas del mundo.

Hoy queremos entrar en la Pasión desde el cariño inmenso que le tenemos a Jesús. Y estar con Él ahí, y acompañarle. Y seguirle como hacían aquellas mujeres que “seguían a Jesús de lejos”. “De lejos” porque, en la Pasión, Jesús se queda solo, sólo... con el Padre. Y entonces dos mantras quieren resonar con insistencia este día. Como esa música pegadiza que no se nos quita de la cabeza ni del corazón: “Aquello sucedió por mí”. Sí, sucedió a favor de toda la humanidad, pero con la concentración en cada uno de nosotros como si no hubiera nadie más en el mundo. Y una vez más la reacción no es la culpabilidad malsana o la tristeza vacía, sino el asombro. ¡Otra vez el asombro! Y el segundo mantra: “fue por amor”. Jesús se podía haber escapado, porque tonto no era, pero decidió quedarse. Una decisión que arrancó aquel día en el Tabor, donde Jesús recibió a la vez el encargo de entregarse hasta el final y el amor suficiente para hacerlo. Fue por amor, no por fatalidad o por las circunstancias. Y con los gesto de aquella última Cena, nos estaba explicando que era Él el que decidía partirse y entregarse. Fue por amor, por un amor que no se retira, que no huye cuando se presenta el desamor, el sufrimiento o el rechazo. Sucedió por mí y por el mundo. Sucedió por amor.

Un amor que, como dice esta parábola, sale a buscarnos. Sale a buscar lo que estaba perdido en nosotros y en la humanidad. En realidad es lo que Jesús hizo a lo largo de toda su vida. Y mil personajes del evangelio podrían dar testimonio de que fue así. Pero, en la Pasión de Jesús, el Padre, a través de Jesús, “lo deja todo y sale a buscarnos” enteramente, eternamente, extrañamente. Y va a buscar todo lo que en nosotros son zonas perdidas. Va a buscarnos cuando más perdidos estamos. Lo deja todo y sale a buscarme, a mí y al mundo. A este mundo que tiene mucho de belleza y de bondad pero que tiene también, como nosotros, muchas zonas heridas y perdidas: países enteros perdidos, economías perdidas, vidas perdidas, amores perdidos, futuros perdidos.... Y sale a buscarnos no como un asalariado que, cuando viene el lobo, el mal o el sufrimiento, se retire para evitar complicaciones. Sin arriesgar su vida. Sino como un pastor que ama a sus ovejas hasta dar la vida por ellas.

El pastor de la parábola dice que va a buscar la oveja perdida hasta que la encuentra. Lo que no dice la parábola, lo dice el relato de la Pasión. La Pasión cuenta las penalidades, los sufrimientos que tuvo que pasar Jesús hasta encontrar (y salvar) lo que estaba perdido, a los que estábamos perdidos. Hay amores que tienen que salir de sí y atravesar la región del sufrimiento para salvar lo que estaba perdido. A este tipo de amores los llamamos redentores. Entre nosotros se dan en alguna pequeña medida. En Jesús se dio del todo y para siempre. Y, no es que el sufrimiento sea bueno en sí, que no lo es, sino que la realidad, a veces es tan dura, tan terca, tan cruel, que los amores pequeños se asustan y se van. Y el amor grande, se queda, sufre y permanece.

Dice también la parábola que, cuando el pastor la encontró, “se la cargó al hombro”. Y de eso nos habla también la Pasión. “Jesús cargó con nuestros pecados”. Lo dice el Cántico de Isaías: “no había belleza, ni esplendor, su aspecto no era atractivo, como alguien ante quien vuelves la cabeza para otro lado. Sin embargo llevaba nuestros dolores, soportaba nuestros sufrimientos, los sostenía. Sus heridas nos han curado. Cargó sobre él todas nuestras preocupaciones...” ¡parece mentira que este texto de Isaías haya sido escrito 540 años antes del nacimiento de Jesús!. Jesús cargó con todo lo nuestro. Y por eso en el costado de Jesús está todo el sufrimiento, todo el mal y todo el pecado del mundo. Pero de ese mismo costado brota, como de su fuente, todo el perdón, toda la redención y toda la gracia, a la vez.

Y, al final, la alegría de encontrarnos, de la que también habla la parábola. La alegría inmensa en el cielo. Esa la guarda para la mañana de la resurrección. Pero en la cruz de Jesús ya está presente, aunque no se vea. En ese siervo que vimos sin belleza, en realidad hay una extraña belleza, que no depende de la apariencia, ni del éxito, ni de la imagen. Está la belleza de un amor precioso, limpio y sin medida. De un amor que lleva cuentas. Y en esa cruz estaba también, aunque no se vea, el motivo real que llevó al Padre a salir a buscarnos, que le empujó a irse tan lejos. Ese motivo no fue otro que la alegría del encuentro, de rescatarnos con bien. Porque ciertamente nosotros y la humanidad estábamos muy lejos y muy perdidos.

Dios se alegra infinito de encontrarnos. Y esto no son palabras vacías. Detrás está toda la historia de la Pasión que da hondura, peso, verdad, realismo y consistencia a esta afirmación. ¿Qué nos queda hoy a nosotros? Permanecer. Permanecer junto a Jesús a los pies de la cruz. Hacernos un ovillo y balbucear agradecidos: ¿Por qué nos amado tanto Señor? ¡Tanto y así! Y, aunque yo no sea quien para representar a nadie... de parte de la humanidad: ¡Gracias Señor, muchas gracias!”.